

*Toponimia del triángulo regional comprendido entre
Villena (Alicante) – Montealegre del Castillo
(Albacete) – Yecla (Murcia): desde época andalusí
hasta nuestros días*

Trabajo de investigación para la V Ayuda a la Investigación 2009
De la Fundación “José María Soler”

ANTONIO CONSTÁN NAVA

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a la Fundación “José M^a soler”, cuya ayuda económica otorgada dentro de la “V Ayudas y premios a la investigación 2009” me ha proporcionado el poder realizar esta investigación mucho más allá de lo que mis posibilidades me hubiesen permitido, a la directora de la Fundación, Dña. Dolores Fenor Mirraño, por sus palabras de ánimo y a D. Francisco Franco Sánchez, por la ayuda y guía que me brinda cada vez que la he necesitado.

DEDICATORIAS

A la memoria de Mikel de Epalza y María Jesús Rubiera Mata

ÍNDICE

1.	Introducción	6
2.	El marco geográfico	10
3.	Los topónimos	13
4.	Estudio toponímico	26
4.1.	La Albaina	26
4.2.	Casas de Albalat	28
4.3.	Las Albarizas	28
4.4.	Cañada de Albatana	30
4.5.	Casa de Alcántara	30
4.6.	Rambla de Alcaráz	31
4.7.	La Alceneda	32
4.8.	La Alcoraya	33
4.9.	El topónimo Algezares: Los Algezares y la Cuesta de los Algezares	34
4.10.	Loma de las Almas	35
4.11.	Barranco de la Almeda	36
4.12.	Los Alorines	37
4.13.	Las Atalayas	38
4.14.	Sierra del Buey	41
4.15.	Los Campillos	41
4.16.	La Caravaca	42
4.17.	Los Castellares	43
4.18.	Caudete	44
4.19.	La Cava	45
4.20.	Collado	45
4.21.	Barranco de Fontalbres	46
4.22.	Mainetón y Mainetes	47
4.23.	Hoya de la Mansorrilla	47
4.24.	Marijimeno, Marisparza y Mariaga	48
4.25.	Matacanes	51
4.26.	Miralcampo	55
4.27.	Morteruelo	57
4.28.	Atalaya de los Ojicos	60
4.29.	Fuente del Palmet de Bellot	60
4.30.	Torre Pechí	60
4.31.	Ponsalet	63
4.32.	Los Porchos	63
4.33.	El Pulpillo	65
4.34.	La Rajal	66
4.35.	Rambla	67
4.36.	Las Rochas	68
4.37.	La Rubializa	68

4.38.	El Serbal	69
4.39.	El Sirer	70
4.40.	La raíz T-B-R: el Tobar	71
4.41.	Rambla de la Torca	72
4.42.	Varahonda y Les Fondets	74
4.43.	Yecla	80
4.44.	La Zafra	81
5.	Conclusión	82
	Mapa completo de la zona	85
	Bibliografía	86

1. INTRODUCCIÓN

Desde que comenzamos a caminar, deambulando por los distintos rincones sin nombre que nos contextualizan, lo que hacemos de manera inconsciente es ir nominalizando esa parte del mundo que vamos descubriendo. Y esto sucede ya sea a través de nombres que las personas de nuestro alrededor nos van diciendo, o por nombres que nosotros mismos nos inventamos para definir esos puntos concretos de nuestra geografía más cercana. Con el paso del tiempo vamos descubriendo y aprendiendo más nombres de lugar, más topónimos, sin percatarnos la mayor parte de las veces de lo que cada nombre encierra en sí mismo. En muchas ocasiones, la gran mayoría, nos gusta descubrir, más bien conocer, qué significado tiene un nombre de lugar concreto y acabamos dándole un significado erróneo. Las menos veces, por el contrario, damos con el significado más aproximado que se le pueda llegar a dar.

Aproximarnos a las etimologías de los diferentes (o, en ocasiones, mismos) topónimos que conocemos de nuestra realidad regional más inmediata es, a veces, una tarea apasionante y, a la vez, farragosa. Y esto es así por lo intrincado y difícil de su completo conocimiento. Todos conocemos nombres sobre los que nos han explicado en alguna ocasión su “posible” origen, sin cuestionarnos si en realidad es o no cierto, dotando de fundamento a esa fuente que nos lo explica, muchas veces personas a las que respetamos y tomamos en consideración por alguna razón particular, o razones de más peso como las llamadas etimologías populares¹. Sin embargo, cuando en algún momento damos con una fuente que hace cuestionarnos el conocimiento que sobre un topónimo tenemos, pueden darse dos posicionamientos: el primero, que nos sintamos receptivos y cambiemos el esquema de conocimiento mental que teníamos; el segundo, que nos cerremos por banda, no queriendo dismantelar ese “erróneo” conocimiento proporcionado en un pasado por esa persona o fuente que nos lo transmitió. Esto ha sido algo que, por lo menos, a mi me ha sucedido a lo largo de los años.

Elías Terés, en la introducción de su libro *Materiales para el estudio de la toponimia hispanoárabe: nómina fluvial*, dice: “Parece obvio recordar que, cuando estudiamos un topónimo de presunto origen árabe –en el caso de una voz no documentada en los textos-, ha de procederse con extrema cautela, ya que el peligro de

¹ J. MARIA ALBAIGÈS I OLIVART, *La toponimia, ciencia del espacio*, ed. Planeta, 1998, dice en su prólogo: «Los habitantes de un paraje, dotados de una natural curiosidad, intentan conjeturar el origen del vocablo, y para ello recurren a parecidos, analogías e incluso historias que surgen y crecen con gran facilidad, llenando los huecos de una tupida malla que acaba siendo una magnífica historia. Algunas no pasan de inocentes chistes que ni sus mismos relatores creen, como la que asocia la población de Yeste a la frase de un diablillo: “Y éste ¿cómo no se me entrega?”. Pero otras gozan de tal “respetabilidad” que se han ganado crédito incluso en ambientes cultos. ¿Quién no ha oído decir que Barcelona o Mahón son recuerdos de los generales cartagineses Amílcar Barca y Magón, respectivamente? Sólo cuando existan testimonios serios o documentación será posible dar crédito a tales tradiciones, que, eso sí, enriquecen el folklore sobre la toponimia, aunque el científico debe acotarlas severamente.»

equivocarse en su interpretación es grande. Lo cierto es que los nombres documentados son, naturalmente, los únicos sobre los que se puede operar con base cierta, es decir, con etimología segura. Cuando no está documentado en árabe, la interpretación de un nombre la emitimos sencillamente como mera hipótesis. Este es un principio elemental que conviene tener siempre presente, pues, si intentamos establecer teorías fundamentales en ejemplos no comprobados documentalmente, tales teorías nacerán con una raíz enferma y arrastrarán conclusiones que pueden ser erróneas.” Es por esto que quiero corroborar estas palabras, más cuando la documentación de época andalusí en esta zona propuesta es escasa (hasta el momento) y, muchas de las conclusiones a las que pueda llegar deberán ser ratificadas, criticadas y/o enmendadas en un futuro cuando la aparición de nuevas fuentes documentales así lo pongan a nuestra disposición.

Con objeto de la realización de mi Tesis Doctoral, solicité una ayuda a la investigación que me fue concedida para realizar un trabajo de investigación que es un apéndice más de dicha Tesis doctoral. El título sobre el que se pidió la V Ayuda a la Investigación otorgada por la Fundación “José María Soler” es: *Toponimia del triángulo regional comprendido entre Villena (Alicante) – Montealegre del Castillo (Albacete) – Yecla (Murcia): desde época andalusí hasta nuestros días.*

Cuando me propuse introducirme en el ámbito de la toponimia local, ya sabía de antemano de lo difícil que es abordar este ámbito de estudio debido a que los topónimos son entes cambiantes, adaptados a la fonética de un momento determinado y, muchas veces, sin plasmación gráfica de los mismos. Como dice Joan Corominas: “*los vicios contraídos por la onomatología están por desgracia tan generalizados que pocos son los que los evitan del todo*”. La inmersión en la investigación de los topónimos es ardua en cuanto que se ha de barajar al mismo tiempo varias disciplinas diferentes entre sí y que, hasta hace poco, con las nuevas aportaciones de investigación multidisciplinar no se había valorado tanto como habría sido de esperar. Por un lado, hay que tener en cuenta el material escrito existente, ya sea antiguo o moderno, cosa difícil en el primero de los casos como pasaré a decir después; por otro lado, en estos estudios localizados regionalmente, donde la amalgama de topónimos dificulta la labor del investigador en cuanto a la profusión y proliferación de nuevos topónimos y falsos étimos que pueden dar lugar a confusiones, en muchos casos, confusiones que derivan en erróneas interpretaciones evolutivas del mismo. No estoy exento de este conocimiento que implicará que yo mismo cometa errores que, aún intentando abarcar el estudio a través de un método multidisciplinar, pecho al decir que mi base es puramente filológica y, por lo tanto, muchas de las conclusiones o hipótesis a las que llegue se habrán formulado en torno a este tipo de método de investigación. Además, hay que tener en cuenta que la toponimia no es sólo lengua hablada o escrita, sino que tiene un lazo muy fuerte con la historia: “*L’evolució dels noms de lloc al llarg del temps ens dona una idea del que han estat les múltiples influències culturals sobre un territori determinat. Però la toponímia no és solament història. També [...] esdevé el llibre de geografia més llegit i és un tret*

clarament diferencial d'un país, de la seva llengua i de la seva idiosincràsia i un dels primers elements que ens corroboren que em creuat una frontera quan viatgem."²

En el presente estudio de los topónimos hay inherentes, por un lado, la carencia de material escrito antiguo en los que se plasmen topónimos de la zona y, por otro lado, una delimitación cronológica (desde época andalusí), por lo que solo se tendrá en cuenta una limitada evolución de étimos. Uno de los objetivos intrínsecos al estudio es el de conservar y salvaguardar el patrimonio toponímico de esta zona, ya que las grandes obras de infraestructuras estatales, como lo son la construcción de líneas de ferrocarril o de autopistas, autovías, etc son uno de los peligros que entraña su desaparición o, más bien, la desaparición etimológica por la cual nacieron.³

Como toda investigación que tenga como objeto el estudio de la toponimia, éste no es menor en dificultad de caracterización y de asignación evolutiva en cuanto a los étimos se refiere, pues es, cuanto menos, una de las variantes de estudio lingüístico aplicado a la investigación de la historia más inexactas debido a la evolución de los idiomas y a los cambios que las propias poblaciones provocan en los nombres de lugar.

De este modo, partiendo del hecho histórico de que la Península Ibérica fue ocupada en su mayor parte por los musulmanes a su llegada en el s. VIII, es lógico que éstos mantuvieran en la mayoría de los casos los antiguos nombres de los lugares, sino los cambiaron. La teoría de partida es que, en aquellos lugares donde los castellanos y catalanoaragoneses conquistaban, en muchas ocasiones no se detenían a saber cómo nombraban los habitantes andalusíes de ese lugar a los diferentes enclaves y accidentes de la zona y no traducían el topónimo: simplemente lo adecuaban a la pronunciación de su propia lengua, hipótesis defendida por Carmen Barceló⁴. Aunque parezca una obviedad, esta misma autora define muy bien lo que es la adaptación de la lengua a la toponimia, por lo que me voy a limitar a transcribir sus palabras: «*Conviene tener presente asimismo que el proceso de las adaptaciones toponímicas a raíz de la conquista de una zona concreta suele ser similar en todas las épocas: el reparto de tierras entre los conquistadores se realiza con ayuda de personas que conocen también la lengua de los conquistados. De esta manera, la acción de los intérpretes actúa a modo de barrera, impidiendo que se mantengan en la nueva lengua receptora nombres comunes del tipo 'monte', 'bosque', 'fuente', 'villa', 'posesión', 'río', 'casa', 'heredad' y otros de igual tenor, ya que dichas derivaciones son traducidas por tener sentido completo para el intermediario, mientras que perviven las carentes de significado, aunque acomodadas a los hábitos fonéticos y morfosintácticos de los nuevos pobladores.*»⁵ Además «esto sucede porque, desde el momento en que se produce la

² F. VILARÓ i CASALINAS, "Els topònims són moltes coses", *Congrés Internacional de Toponímia i Onomàstica Catalanes*, Universitat de València, ed. Denes, 2002, pp. 1011-1014

³ J. V. ALVIR BALLESTER, "El Safranar. Estudi toponímic a L'horta de València", *Materials de toponímia*, col. Estudis de Toponímia Valenciana, València, ed. Denes, Universitat de València, 1995, pp. 387-418

⁴ C. BARCELÓ, "Adaptación árabe de los pueblos antiguos", *Congrés Internacional de Toponímia i Onomàstica Catalanes*, Valencia, Universitat de Valencia, 2002, p. 490

⁵ C. BARCELÓ, *op. cit.*, p. 492-493

adaptación, los topónimos pasan a pertenecer al ámbito de la lengua receptora que los somete a una acomodación a sus hábitos morfo-fonéticos dialectales.»⁶

Como se podrá comprobar en los capítulos posteriores del estudio, he decidido seguir la pauta de trabajo que propone Joan Corominas⁷ cuando propone el modo de nomenclatura que ha de regir un posible diccionario provincial en cuanto se refiere a los topónimos y a un posible estudio futuro sobre los mismos, pero adaptada al nivel local en el que se inserta el estudio: a) nombres de municipios; b) nombres de comarcas y subcomarcas tradicionales; c) hidrónimos y orónimos; y d) entidades de población agregadas. En este caso, los étimos los he extraído de los mapas topográficos editados por el Ministerio de Fomento (edición del año 2007, y en algunos casos, también las ediciones de los años 1951, 1952 y 1955) escala 1:50.000. Lógicamente, he descartado una mayoría de étimos referentes a parcelas o casas de particulares y, sólo en contadas ocasiones, he escogido alguno de estos étimos por su carácter hipotéticamente atractivo desde el punto de vista histórico-evolutivo del mismo.

⁶ C. BARCELÓ, *Íbid*, p. 493

⁷ J. COROMINAS, *Tópica Hespérica. Estudios sobre los antiguos dialectos. El substrato y la toponimia romances*. Madrid, ed. Gredos, 1972.